

Tendencias

De los tiros y los atracos a las preguntas: “¿De qué me ha servido todo esto?”



“Seré libre en el 2027”

El interno de la celda 61 del módulo 5 del centro penitenciario de Lledoners

DOMINGO MARCHENA
KIM MANRESA (FOTO)
Barcelona

El director del banco arrojó las llaves de la caja al suelo y se fue a por él: “¿Tú me vas a robar, hijo de puta?”. Quizá pensó que la pistola del 9 corto era de mentira. Pero no. Andrés Pérez, que hoy tiene 46 años y es el preso de la celda 61 del módulo 5 de la cárcel de Lledoners, le disparó una vez. Al brazo. “Aquel tío tenía huevos”. Pese

a la herida, no se amilanó. Otro disparo. Al otro brazo. Ahora podría ser un héroe en el cementerio. “Si no hubiera tenido puntería o si él se hubiera escorado, le podría haber dado en el pecho...”.

—¿Qué le dirías si lo vieras hoy?

—Le preguntaría por qué arriesgó su vida. ¡Era el dinero del banco! ¡No el suyo! El seguro se hubiera hecho cargo de todo.

—¿Y no le pedirías perdón?

—Sí, pero el daño ya está hecho.

Andrés Pérez, que comenzó a delinquir y a drogarse con 13 años, fue condenado en el 2007 a

LA PRECOCIDAD

Con 13 años era un experto en reventar las cajas registradoras con un destornillador



DESCUBRA UN RESUMEN DEL DOCUMENTAL ‘FILOSOFÍA A LA PRESÓ’
<http://bit.ly/1k1aKb1>

cuatro lustros de cárcel por un intento de homicidio y cinco robos con intimidación (cuatro bancos y una farmacia: “Los bancos *los hice*; la farmacia, no”). Quedará en libertad en febrero del 2027.

Padre de cuatro hijos de tres mujeres diferentes, a los que apenas conoce, se creía invencible. Era capaz de gastarse 1.200 euros en una semana para sus adicciones. O para sus caprichos. Si quería irse a Tenerife o a una estación de esquí, se iba. Empezó hace 34 años, cuando lo habitual es que a los niños sólo les preocupe

jugar. Forzaba cajas registradoras con un destornillador. Obtenía botines de 20.000 o 30.000 pesetas, que sólo le duraban una semana (el salario mínimo interprofesional era en 1981 de 25.600 pesetas, es decir, 153,98 euros). Heroína, pasta base de cocaína, crack, éxtasis. “Vivo, si esto es vivir, de propina. La mayoría de mis colegas están muertos. Era una lotería y yo gané: no contraí el sida. La hepatitis, sí. Me la han curado aquí, en la cárcel”. Es la historia de siempre. Ayer fue Andrés. Hoy es el Richi, *el rey de los*

“ODIA EL DELITO Y COMPADECE AL DELINCUENTE”
(Concepción Arenal, 1820 -1893)



La tasa

Catalunya tenía el pasado mes de marzo 9.213 reclusos. **La tasa de criminalidad en el 2014** fue de 65 delitos por cada mil habitantes (70,7, en el 2011)

Multirreincidentes

Ahora suponen **el 10% de los ingresos**, frente al 18% que llegaron a representar hace cinco años

Trabajo entre rejas

El año pasado tenían trabajo en la cárcel, a través de la empresa pública Cire, que depende del Departament de Justícia, **unos 4.000 internos**

La ‘otra’ cárcel

■ El documental comienza con una voz en off de una joven en un lujoso dúplex, mientras toca el piano o acaricia su precioso terrier de raza West Highland. La chica, alumna de Esade, futura abogada, explica que una de sus expresiones preferidas cuando era niña era: “Protesto, señoría”. A continuación, se oye otra voz en off. La de un hombre que recuerda que se fue de casa cuando tenía 12 años porque su padre, con problemas de alcoholismo, pegaba a su madre. A una de estas personas le aguarda un futuro prometedor. A la otra, que lleva más de 30 años en la cárcel, la duda de si podrá luchar contra sus demonios, las adicciones, cuando recupere la libertad. Y el espectador, como ahora el lector, no tiene duda de quién es quién. Estas son sólo dos de las vidas diametralmente opuestas que ha enlazado *Filosofía a la presó*, de los cineastas Gilbert Arroyo y Marc Parramon. La impulsora de la idea es una profesora de Filosofía, Sira Abenoz, que preside las reuniones en el aula y pregunta cosas como “¿qué es la felicidad?”. Y ellos, alumnos y presos, rompen el hielo y comienzan a hablar. Y, a medida que lo hacen, desmontan tópicos y descubren esa *otra* cárcel, la de los prejuicios.

Unas horas en libertad.

Andrés Pérez, de 46 años, ayer, en el CaixaForum, en la tercera salida que ha hecho de prisión desde el 2007

alunizajes, que tuvo un comienzo aún más precoz, a los 12 años, como se explica en la sección de Vivir. Y mañana será...

Andrés es uno de los reclusos que han participado en una experiencia pionera de Esade, *Filosofía a la presó*, que se ha plasmado en un documental homónimo y con un subtítulo revelador: *Diàleg contra prejudicis*. No cumplirá su condena hasta febrero del 2027, aunque espera disfrutar de permisos a partir del año que viene y podría aspirar al tercer grado a partir del 2017, lo que le permitiría ir a la cárcel sólo para dormir. Por tercera vez este año, ayer salió unas horas de la cárcel (las otras dos también estuvieron relacionadas con el documental). Este diario compartió con él un

ratito de su libertad en el CaixaForum, donde un reducido auditorio asistió al preestreno y al coloquio posterior. Desde hace dos cursos, diez estudiantes de esta asignatura opcional de cuarto de Derecho en Esade pasan las tardes de once viernes en un aula de la prisión de Lledoners. Allí se reúnen con otros diez presos (en el documental la cifra de protagonistas se ha reducido a siete estudiantes y siete internos en aras de una mayor fluidez narrativa).

La obra, que refleja cómo son esos encuentros, ha sido premiada en el Festival de Cine de Valladolid y coproducida por la propia Esade, Mediapro, La Caixa y TV3, que la emitirá próximamente. “Me he emocionado y me volveré a emocionar todas las veces que la vea”, dijo luego en el ascensor Domingo Estepa, el director de Lledoners. Este centro, en Sant Joan de Vilatorrada, cerca de Manresa, es modélico para algunos por su concepción de los

espacios (“parece que estemos en un instituto”, dicen los presos) y *escandaloso* para otros porque tiene una piscina. ¡Una piscina! Los reclusos sólo pueden pasar allí unas horas al mes, pero, claro, con la que está cayendo escuece que haya presos con piscina. En el documental se ve como la madre de uno de los estudiantes, que también han sido grabados en su vida cotidiana, haciendo deporte o mientras comen en familia, dice: “Me cuesta mucho aceptarlo”.

Andrés entiende que las 50 horas de grabación en la cárcel se tuvieran que reducir y está muy satisfecho con el resultado, pero le hubiera gustado que hubieran salido imágenes que finalmente no se podrán ver. Uno de los alumnos, por ejemplo, pidió que lo dejaran un instante en una celda para “saber qué se siente: estuve sólo unos minutos y acompañado por un cámara, pero salió con el rostro desencajado. Si eso le pasó a él, imagínate aquí un día tras otro, un mes tras otro, un año tras otro. ¿Una piscina? ¿De qué sirve una piscina entonces?”.

Este preso, que durante los cinco primeros años de su condena se siguió drogando “porque en la cárcel siempre ha habido y siempre habrá droga”, se hace muchas veces esa pregunta. “De qué sirve la piscina, de qué sirve pedir perdón. ¿La droga? ¿La vida que llevé? ¿El disgusto de mis padres, que me decían ‘no seas tan burro como nosotros, estudia’? ¿De qué me ha servido todo esto?”. Ha es-

LA LOTERÍA

Reconoce que está vivo de milagro porque le dio a todo: heroína, crack, coca...

EL RECUERDO

Un día descubrió que el compañero de la litera de abajo había muerto de sobredosis

tado tres veces al borde la muerte por sobredosis, la última con parada cardiorrespiratoria. Su peor recuerdo de la cárcel fue levantarse una mañana y descubrir que el compañero de la litera de abajo había muerto por sobredosis. “Sabía que estaba *colocado*, pero no oí nada y no le pude ayudar”. Esa muerte le ayudó a decir ‘basta’. Le sirvió para dejar de drogarse. Y dejar de drogarse le sirvió para descubrir “el daño que hice a mis víctimas, a las personas que encañoné o amenacé, a aquel señor que recibió dos balazos y que estubo tres semanas hospitalizado. Y, sobre todo, a mis padres”.

—¿Qué es lo peor de tu vida? —Todo. —¿Y lo mejor? —Nada. —Hombre, algo bueno habrás hecho. —No— dice, y después de unos segundos rectifica—. Bueno, sí, mis hijos, que gracias a Dios no han salido a mí.●

Los condenados por robo son quienes más repiten y los traficantes, los que menos

Sólo reinciden tres de cada diez reclusos

JAVIER RICOU
Lleida

La tasa de reincidencia penitenciaria ha descendido en Catalunya diez puntos en la última década. O dicho de otra manera: en el estudio del 2014 del Departament de Justícia se constató que siete de cada diez presos que finalizaron su condena en 2010 no habían vuelto a delinquir en los cuatro años posteriores a su puesta en libertad. Unas cifras mejores que las del anterior estudio (de 2008) cuando la tasa de reincidencia era del 40%.

Una persona que ha pasado una larga temporada en prisión siempre va a necesitar (con independencia del delito cometido) ayuda para reincorporarse a la sociedad. Serveis Penitenciaris ha mejorado —indica Carles Soler, subdirector general de Programas de Rehabilitación— “la estrategia para reducir la tasa de reincidencia”. Pero los programas desplegados en la cárcel no son suficientes, añade Soler, “si después esas personas no encuentran apoyo social para adaptarse, poco a poco, a su nueva realidad”.

El momento más crítico sigue siendo el primer año de libertad. El 65% de los reincidentes vuelven a delinquir en esos primeros meses. Los que más reinciden (seis de cada diez) son los condenados por delitos contra la propiedad, mientras que en el polo opuesto (un 14,1%) se sitúan los penados por drogas.

Carles Soler revela que los programas que mejores resultados ofrecen son los que se centran “en la competencia social”. En esas sesiones “se enseña al interno a pensar con inteligencia emocional y social”. Y otro punto clave “es la individualización”, recalca este responsable en políticas de rehabilitación. “Hay que trabajar caso por caso para asegurar el éxito. No tiene sentido apuntar a un interno que jamás se ha drogado a un programa de desintoxicación”.

Una de las estrategias que también da buenos resultados “es la de acompañar a esas personas en su retorno a la sociedad”. Lo demuestran las cifras. “La tasa más baja de reincidencia (10%) la tenemos con aquellas personas que son sometidas

a controles tras acceder a una libertad condicional”. El tercer grado (acudir sólo a dormir a la prisión en la última fase de la condena) también tiene resultados esperanzadores. Tanto como disfrutar de permisos penitenciarios ordinarios, como terapia para retomar el pulso, muy despacio, con la calle. En estos casos, ocho de cada diez internos no vuelven a reincidir.

¿Todo el mundo puede rehabilitarse? Carles Solar confiesa que esa es una pregunta con difícil respuesta. Admite que la vuelta a la sociedad de algunos reclusos “es complicada”. Pero recalca que “esos casos serían una minoría”. Por eso hay que trabajar con todos los internos, por muy mal que parezca el pronóstico. En esto último han mejorado mucho los equipos y técnicos de tratamiento. Un programa, llamado Riscanvi, permite a los profesionales acertar en un 95,4% por ciento de los casos el éxito de reinserción de los reclusos. A la hora de

“Los programas de rehabilitación no sirven si luego las personas no hallan apoyo social”

señalar a las personas que tienen muchos números para volver a reincidir los aciertos bajan hasta el 77%. El perfil que más números tiene entre los que cometen nuevos delitos al obtener la liberad es el del recluso que acumula más de cinco ingresos penitenciarios. Serían esos presos calificados a veces como “casos perdidos”. La tasa de reincidencia de esos delincuentes con una larga lista de antecedentes es del 71,3%.

La reincidencia entre los delincuentes sexuales se sitúa, en contra de lo que podría pensarse por la alerta que genera la repetición de esos delitos, en la parte baja de la tabla. Según el último estudio, volvieron a las andadas dos de cada diez condenados que obtuvieron la libertad en 2010. Asimismo, el 25% de los condenados por violencia machista reincidieron.●